

Yergue altiva tu cabeza  
 En la negra eternidad...  
 Tú llevas la claridad  
 Que las tinieblas colora:  
 ¡Hijo de la eterna aurora  
 Entra en la inmortalidad!

Hombres cual tú no perecen,  
 Ni el olvido los arrasa;  
 En cada instante que pasa  
 Más deslumbran y más crecen.  
 Tus obras nos envanecen;  
 Veneramos tu memoria  
 Y al verte entrar en la Historia,  
 Honrando tu patria suelo,  
 ¡Están repicando á vuelo,  
 En el templo de la Gloria!

Ya venció quien luchó tanto,  
 Pero en él los ojos fijos  
 Inconsolables sus hijos  
 Visten luto y vierten llanto.  
 Es un lamento, no un canto,  
 Lo que expresa su aflicción,  
 Su paternal bendición  
 Imploran puestos de hinojos:  
 Que está lejos de los ojos  
 Y cerca del corazón.



Ante el cadáver del Embajador en Washington

## Sr. Lic. Don Matías Romero

¿Lo recordáis? sin duda; ágil, pequeño,  
 Mirada al par que triste indagadora;  
 Abeja en la vigilia y en el sueño;  
 Abeja en el crepúsculo, en la aurora.

No rindió nunca el brazo ni la mente  
 A la desilusión y á la fatiga;  
 Obrero pertinaz, era un ardiente  
 Batallador, sin casco y sin loriga.

Nació en la región fértil, caldeada  
 Por el sol que culmina en nuestra historia;

¡Aquel sol que al bañar la inmaculada  
Frente de Juárez, le infiltró la glorial

Sol que alumbró á las razas que han escrito  
Para que eternas sus hazañas sean:  
Poemas con estrofas de granito  
Que asombrados los siglos delectean.

Región sin par; donde al caliente abrigo  
De la abrupta montaña, en verde llano,  
La caña sacarífera y el trigo  
Rinden en surco igual la miel y el grano.

Donde, como silvestres crisantemas  
En pentélico mármol engarzadas,  
Del oro virgen las brillantes gemas  
Deslumbran del viajero las miradas.

Do respetan las fieras tempestades  
Al ahuehete rey, cuya corona  
Guarda con majestad á las edades  
Que al rodar de los siglos abandona.

Allí creció soñando en las serenas  
Ilusiones que el hombre siente y ama,  
Cuando atiza en la mente y en las venas  
La juventud su fecundante llama.

Saber para luchar, hé aquí el secreto;  
Ciencia y virtud atesorar por galas;  
Inundarse en la luz del alfabeto  
Y en pos del porvenir tender las alas.

Bien nutrido su espíritu y logrado  
Cuanto buscó en las aulas animoso;

A la par que jurista fué soldado  
Sin darse nunca tregua ni reposo.

Surgió á la lid política en los días  
De agitación febril y de despecho;  
Cuando todas las rancias teogonías  
Contrastaban la fuerza del derecho.

Cuando cada guerrero era juzgado  
Como un monstruo salido del Averno,  
A quien solo le estaba destinado  
El patíbulo aquí y allá el infierno.

Cuando los adalides conquistaban  
No el triunfo, no la gloria, no las luces;  
Si no ser frutos de horca que colgaban  
De los pinos del Monte de las Cruces.

¿La paz? ¡Una ilusión fútil y vana!  
¿El tesoro? ¡Mordido por el ágio!  
¡Mito imposible la igualdad humana!  
Y un sainete ridículo el sufragio.

En esa lucha desigual é innoble,  
En esa horrible y trágica contienda,  
La figura de Juárez es el roble  
Que resistió la tempestad tremenda.

Se alumbraron los antros más oscuros,  
Se saturó de sangre nuestro ambiente;  
Cada convento retembló en sus muros  
Y el sol de la libertad surgió en oriente.

Tú entraste en la legión batalladora,  
No con rencor y con la faz bravía;

Entraste cual las aves en la aurora  
Adorando el fulgor de un nuevo día.

Juárez te cobijó bajo su manto  
Y al conocer tu espíritu sereno  
Te impulsó por la senda, donde tanto  
Brillaste al fin, por laborioso y bueno.

Todo lo de aquel tiempo está contigo;  
La inquebrantable fe; la honradez pura;  
La lealtad legendaria del amigo  
Que el tiempo acendra y que el dolor madura.

Tú trabajaste con aquellos hombres  
Que nunca son para la Patria ausentes;  
Los que en la historia sus augustos nombres  
Enclavaron cual astros refulgentes.

Y tu labor fué inmensa. Están sus huellas  
Vivas y lucen sin dolor ni encono;  
Tú hiciste al pabellón de las estrellas  
Negar su sombra á la invasión y al trono.

Simbolizando allí la Patria entera  
Clamaste: «La República no ha muerto,  
»Juárez va con su ley y su bandera  
»Como un águila errante en el desierto.

»Sólo apoyo moral es lo que implora  
»El pueblo altivo que el acero blande»  
Y respondió á tu voz conmovedora  
Seward el pensador, Seward el grande.

«Un pueblo tan devoto de sus leyes  
Para el cual el honor es lo primero,

Romperá las coronas de los reyes  
Que osado les imponga el extranjero.»

Y desde entonces fué tu limpio nombre  
Amado con amor que no se agota;  
Culto que el pueblo ayer consagró al hombre  
Y hoy la nación consagrará al patriota.

Después interpretaste el noble anhelo  
El augusto interés y la esperanza  
Del que da con la paz á nuestro suelo  
Todos los bienes que la paz alcanza.

Y allá donde se estima en cuanto vale  
El talento siempre hábil y oportuno,  
Podrá haber en tu puesto quien te iguale  
Mas quien te llegue á superar, ninguno.

Tornáronse tus plácidas labores  
En brega estéril sobre mar bravío,  
Cuando extinta la luz de tus amores  
Quedó tu noble corazón vacío.

De pie, junto á la muerta idolatrada,  
Dantesco viaje realizaste austero,  
Para que no durmiera abandonada  
A la sombra de un árbol extranjero.

¡Cómo estrelló el dolor sus recias olas  
En tu pecho que fué tu solo escudo!  
¡Cuán triste el regresar enviando á solas  
El postrer beso y el postrer saludo!

Dejaste el corazón en sus despojos;  
Traspuesto el sol buscabas el celaje

¡Y doquier se ensanchaba ante tus ojos  
La obscura senda del eterno viaje!

Y entraste en esa senda cuando habías  
Logrado un alto premio á tu fe austera  
Y una ardiente explosión de simpatías  
Te ha acompañado á la mansión postrera.

La patria por tí vierte acerbo llanto  
¿Qué mayor galardón para tu historia?  
¿Por qué te llora y dignifica tanto?  
¡Porque supiste amarla y darle glorial

Entra á dormir á la región callada  
Nuestro dolor llevando por tributo;  
Te vela la República enlutada  
¿Qué madre en su dolor no viste luto?

Has cumplido.... ve en paz.... sobre tus huellas  
Juntarán siempre sus dolientes palmas,  
El libre pabellón de las estrellas  
Y el pabellón que adoran nuestras almas.

Enero 17 de 1899.

FIN DE LOS MONÓLOGOS

## ÍNDICE

	Páginas
Delirios de una Reina. . . . .	9
¡Solal... . . . .	15
Recuerdos de un Veterano. . . . .	29
En Vísperas de la Boda. . . . .	45
Tirar la Llave. . . . .	59
Las dos Muñecas. . . . .	74
Escribiendo un Drama. . . . .	83
Un Epílogo de Amor. . . . .	99
A Juárez. . . . .	125
A mi Bandera. . . . .	133
Morelos. . . . .	137
A Hidalgo. . . . .	139
A Rayón. . . . .	143
A Gabino Barreda. . . . .	149
Ante el cadáver del Lic. Manuel Romero Rubio. . . . .	155
Al Maestro Ignacio M. Altamirano. . . . .	161
Ante el cadáver del Embajador en Washington, señor Licenciado don Matías Romero. . . . .	165

